

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR.

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Nuestro eterno Modelo.

Nada mas racional y saludable que tener siempre á la vista el eterno modelo de nuestra vida, Jesucristo nuestro Señor, el Justo, el Inocente, el Inmaculado, el segregado entre los pecadores, y mas alto que los cielos. Somos siervos de Cristo con gloriosa servidumbre, puesto que servir á Cristo es reinar; somos miembros de este cuerpo místico, maravillosamente uno y múltiple, que se llama Iglesia católica, cuya cabeza invisible es Jesucristo. Ahora ¿qué cosa hay mas natural que seguir los siervos á su señor, y estar los miembros unidos á la cabeza?

Contemplo la vida de Jesucristo, estudio las bellezas infinitas de este divino modelo, y descu-

bro una perfeccion que todo cristiano debe copiar en el lienzo de su vida. Me refiero al desprecio del mundo. Despreció sus grandezas y no quiso gustar la copa de sus placeres. Cuando el pueblo agradecido y entusiasmado se levantó en el monte para hacerle rey huyó y se escondió en la espesura.

Acércábase un dia á Jerusalem montado sobre un jumento. Los príncipes de la ciudad habian conspirado contra su vida, y excitado las pasiones populares contra el que se habia mostrado poderoso en obras y palabras, y cumplido las leyes de su país, y pasado por todas partes haciendo bien. A la sazón estaba decretada la muerte de Jesús. No obstante ha determinado hacer su entrada triunfante en la ciudad de los profetas como los capitanes ro-

manos hacia la suya en la señora de las naciones.

En humilde cabalgadura se dirige á Jerusalem, rodeado de sus discípulos. Un inmenso gentío sale á su encuentro; de las aldeas próximas, de la ciudad, y sus barrios se forma un lucido cortejo. Todos se disputan el honor de obsequiar al Hijo de Dios; y unos cortaban ramos de los árboles, otros arrancaban de los cerros inmediatos flores y tomillos, y los mas se despojaban de sus vestidos, y alfombraban el camino por donde habia de pasar; y todos gritaban locos de entusiasmo: *Hosana al Hijo de David. Bienvenido sea el que viene en el nombre del Señor. Gloria, honor, y ventura al Hijo de David.*

Y Jesús habia movido los corazones y atraído secretamente aquella multitud para demostrar que El era el Mesías suspirado, el libertador del mundo, el Hombre-Dios, anunciado por los Profetas y prometido á los judíos, puesto que solo Dios dispone á su arbitrio de los corazones, y los mueve según le place.

Pero Jesús no se desvanece como los hombres con la gloria de su triunfo. Conoce la vanidad de las cosas humanas, y sabe que las flores de las alabanzas populares se tornan fácilmente en co-

rona de espinas. Mientras la entusiasmada multitud llena los aires con aclamaciones de gloria. Jesús camina pensativo y silencioso; cuando la alegría mas extraordinaria ilumina todos los semblantes, un paño de tristeza cubre su frente; cuando todos aplauden, El llora. Como Jesús conocia todo lo que hay de vano, de voluble y tornadizo en las muchedumbres; como estaba al tanto de los trabajos de seducción, de los celos malignos, de los proyectos homicidas de sus enemigos, su corazón amoroso se enternecía en presencia de aquellas ruidosas manifestaciones de júbilo con que el pueblo sencillo le rendia tributo de honor y gratitud, pero sus ojos se humedecian con el llanto al contemplar los horribles sucesos, próximos á realizarse en Jerusalem, la ingrata. Muy luego habian de convertirse aquellas aclamaciones de júbilo en gritos de muerte, aquellas bendiciones entusiastas en maldiciones horribles, aquellos hosanas de gloria en horrenda tempestad de oprobios, y baldones, y aquellas manos que se alzaban para aclamarle, se alzarían muy luego para herirle, para azotarle, para humillarle, para arrastrarle al lugar del suplicio, para clavarle en in-

fame patíbulo, y hacerle sufrir la muerte de los criminales.

Meditemos con Jesucristo Nuestro Señor la vanidad de las cosas humanas, y aspiremos de corazón a las cosas divinas. Si padecemos, bendigamos el sufrimiento, porque está escrito: por el camino de las tribulaciones se va rectamente al reino de los goces. Si en todo os sonreie la fortuna, y os hallais en la prosperidad y la gloria, pensad que hay una Cruz para todos los nacidos, y preparaos al combate, que solo hay en el cielo coronas para los que se abrazan con su Cruz y luchan en la tierra como buenos soldados de Cristo, varon de dolores, y corona de los combatientes.

Z. M.

VARIIDADES.

Lo que es la confesion.

Hay ocasiones en que el alma se asemeja á un piano destrozado: ni una sola de sus cuerdas resuena; y, sin embargo, existe siempre una secreta que responderá, si lograis descubrirla y hacerla vibrar. No, jamás hallareis una alma, bastante depravada ó abatida por el sufrimiento, que no conserve todavía alguna fuerza viva, capaz de despertar todas las otras. Puedo citaros, en prueba de ello, un ejemplo notable, contándooslo como en la intimidad.

Anunciároname un dia la visita de una

señora. Era una actriz célebre, que traía consigo á su hija, á quien queria preparase para hacer la primera comunión. Yo le respondi que era cosa muy sencilla, siempre que renunciara á llevarla al teatro, y que viniera á verme para poder instruirla y disponerla dignamente. Despues de algunas frases insignificantes, le prometí ir á verla.

Habian tráscurrido bastantes dias, sin que recordara mi compromiso, cuando pasando una tarde por la calle en que habitaba, llamé á su puerta. Mi visita era sin duda tan descada que la sirvienta insistió en que subiera, aunque se hallaban precisamente comiendo en aquel momento; y, sea por equivocacion, sea por ligereza, me hicieron entrar en el mismo salon en que estaba reuniendo, en un banquete, todo el personal del teatro.

Yo balbuceé algunas palabras de excusa, dispuesto á retirarme; pero se empeñaron en que me quedase y hube de darme á partido. Ofrecieronme asiento y un sitio en la mesa: yo me resigné á sentarme, pero sin ir mas lejos.....

La conversacion quedó bien pronto empeñada, y os dejo adivinar hasta qué punto era nueva la situacion para aquella sociedad. Acostumbrados á dar espectáculos, los actores estaban encantados de presenciar al fin uno. De repente la hija de la actriz que habia estado á verme, verdadera niña terrible, se me acercó y me dijo que allí, en el otro extremo del salon se hallaba una señora que tenia vivos deseos de hablarme; pero que no se atrevia á hacerlo. Era una jóven actriz de veinticinco años, la cual sor-

prendida al encontrarse bruscamente puesta en escena, no halló otro recurso para distraer la atención, que hablarme de la niña, diciendo asistiría de muy buena gana á su primera comunión.

—Nada os lo impide, le respondí yo, y aun podríais hacer algo mejor que es acompañarla....

—Verdaderamente, señor, replicó ella, pero yo estoy escomulgada....

—Aunque así sea, para todo hay remedio, pues vos no estareis ex-confesada....

Estas palabras, lanzadas en medio de una reunión de aquel género, hicieron el efecto de una bomba; y las risas y los chistes comenzaron....

—A fé mia, exclamó uno, es mas cómodo confesar que confesarse.

—Por lo que á mi hace, dijo otro, yo me confesaría con gusto; pero á condición de que el confesor habia de ser una religiosa.

Como podeis figuraros, traté de dominar una conversacion que emprendia rumbos tan poco seguros.

—De buena gana, les dije, os daría una conferencia acerca de la confesión. Os diría, que en este mundo el móvil ordinario de las acciones humanas son los aplausos de los que nos rodean. Así vosotros, por ejemplo, teneis que devorar sin duda muchas penas, y los aplausos del público son los que os dan la fuerza necesaria para soportarlas. Pero, nosotros no tenemos este recurso: y sin embargo es indispensable. Preciso es por tanto que haya algun otro móvil que nos impulse á obrar; y este móvil, de una

naturaleza muy distinta, superior á las cosas de este mundo, existe.

Yo estaba medianamente satisfecho, no más, de mi demostracion, cuando dirigiendo la vista hácia la ventana vi un buque de vapor que remontaba la corriente del rio.

—Mirad, les dije, ahora comprendereis mejor quizá, por medio de una comparacion que voy á presentaros, lo que es la confesion.... Veis ese buque? El vapor contenido en su caldera es el que lo hace andar. Pero su caldera se halla expuesta á estallar, cuando la presión del vapor es demasiado fuerte, y, para evitar los accidentes que pueden sobrevenir por esta causa, se tiene cuidado de adaptarle una válvula, que se llama la válvula de seguridad. Pues bien, el corazón humano es semejante á esa caldera; está sometido á la doble presión de los dolores y de las faltas, la cual produce, de tiempo en tiempo, explosiones aterradoras, si la válvula de seguridad no se abre oportunamente; y la válvula de seguridad para él, es la confesion.... Si; cuando el corazón del hombre se ve oprimido sin medida por las penas ó los remordimientos, no le queda otra alternativa que esta: la confesion ó el suicidio....

Apenas habia pronunciado estas palabras, que fueron escuchadas con atención, me despedí para retirarme. Pero al salir, la jóven actriz, que hasta entonces permaneciera apartada, se adelantó, manifestando intenciones de seguirme.

—Eh, le dijeron, á dónde vais?... Tendríais acaso la idea de confesaros?

—Por qué no? contestó ella, y qué puede importaros ésto? Y salió conmigo.

Tan pronto como estuvimos solos, aquella pobre jóven se arrojó á mis piés, y se apoderó de mi mano con frenesi, exclamando:

—Dios mismo es quien os ha enviado á mí, señor; yo no sé si habeis leído en mi corazón... pero estaba firmemente resuelta, cuando llegasteis, á suicidarme esta misma noche... Hace siete años no me he confesado... Huérfana y sin recursos, entré á formar parte de una compañía de declamacion, y Dios solo sabe lo que he sufrido desde que estoy en ella... Pero los golpes recibidos en los últimos días eran demasiado para que yo pudiera resistir... Contaba con una afeccion que yo creia leal y sincera... Me veia, próxima á contraer matrimonio... y he sido indignamente vendida!... Silbada ayer en el teatro, he visto la humillacion juntar sus amarguras á las de la perfidia!... Solo en el mundo, silbada y abandonada á la vez, habia resuelto concluir con mi vida, y debia dentro de un rato, despues de esta comedia de radios, ir á precipitarme en el lago... Vuestras palabras, vuestra alternativa de la confesion ó el suicidio, han sido para mi un rayo de luz... Tened ahora compasion de mi miseria!

Al dia siguiente aquella pobre jóven, regenerada ya por la penitencia, abandonaba el teatro, y pocos dias despues, hacia lo mismo la madre de la niña, de cuya preparacion me habia encargado. La primera comunión de ésta se verificó muy luego, y aquellas tres almas perse-

veran hoy en el camino del valor y del deber cristianos.

MGR. MERMILÓD.

EL CALVARIO DE MI PUEBLO.

Á MI PAISANO D. JOAQUÍN CATALÁ, ABOGADO.

Poco antes de llegar á las paredes de mi pueblo, no puede menos de llamar la atencion del viajero una colina que, al lado izquierdo de la carretera, se ofrece sembrada toda ella de cruces y ermitas, las cuales se ven blanquear á través de los árboles, sobre todo cipreses, cuyas delgadas puntas se balancean blandamente al soplo de las brisas de la tarde.

Aquella colina, consagrada á recordar á los fieles aquella otra en que el divino Jesús quiso padecer pasion y muerte por nosotros, se llama «el Calvario.»

Aunque por su destino, por las cruces, ermitas y severos cipreses que lo decoran, este sitio no puede menos de ser devoto, es tambien el mas ameno y pintoresco, y por este motivo sin duda, el mas frecuentado de los que se hallan al rededor de la poblacion.

¿Acaso no es compañera inseparable de la virtud la alegría, la verdadera é intima alegría, la que no sólo está en los labios, sino especialmente en las profundidades del corazón?

Cuando les visita algun forastero, ya se sabe, mis paisanos han de acompañarle á ver el Calvario, sobre todo la ermita de San José, que está en medio de él, labrada de piedras sillares, con sus paseitos y póyos al rededor, y con

sus grandes macetas de piedra, que, trabajadas á modo de conchas, están pegadas á la fachada.

Así como la alegre fiesta de San José parece algo como una tregua á las austeridades de la Cuaresma, así también aquella blanca y risueña ermita parece una fragante violeta que asoma en medio de los abrojos del Calvario. La vara de San José está siempre florida, porque siempre es pura. A su lado florecen también los corazones.

A esta ermita acuden mis paisanos á purificar sus alegrías. El día que se casan es imposible que los novios, acompañados de sus compañeros y amigos, con su vestido de boda, no vayan á la ermita de San José, en donde no es raro ver como, al son de guitarras y panderos, se baila y se cantan canciones parecidas á esta:

Acuérdate de aquel Santo
que viene por la Cuaresma,
que lleva el ramo florido,
y es el Santo de mi prenda.

Por allí han de pasar también, á la ida ó á la vuelta, aunque no sea sino para rezar un *Padre nuestro* al bendito Santo, los grupos de personas, especialmente de mujeres, que han salido, la tarde de los domingos, á pasear por aquellos campos ó por las eras vecinas. Y por allí suelen verse discurrir, todos los días al tardécito, el señor cura, señor médico y algunas personas pudientes de la población, los cuales, después de dar vueltas y mas vueltas por aquellos paseitos, hablando de la sementera, del enfermo grave ó de las últimas noticias que traen los pape-

les, se declaran en retirada al toque de las oraciones.

Cuando los últimos rayos del sol poniente, atravesando un grupo de cipreses vienen á dorar la espadaña de la ermita y por los caminos vecinales se oye rumor de gentes y pisadas de las caballerías de labranza, que se dirigen á la población, y de las chimeneas se levanta el humo en graciosas espirales; entonces el señor cura y sus compañeros entran en la ermita de San José y rezan el *Angelus Domini*, mientras el anciano ermitaño que la habita, con la mano puesta en la cuerda de la campana, la hace repicar á cada *Ave Maria* para que todos los fieles alaben y bendigan, juntamente con su pastor, á la bendita Madre de Dios.

¡Hermoso destino el de la campana de San José (como la llaman), acaso el que mejor podía convenirle, hacer que tanto al nacer el sol como al ponerse, piensen mis paisanos en María, la esposa benditísima del Santo Patriarca, y en Jesús, que quiso ser también llamado el Hijo del Carpintero!

No lejos, sino muy cerca, de la pintoresca ermita, en donde acaso nos hemos detenido demasiado, siguiendo por la senda que recorren los devotos grupos al practicar el ejercicio del *Via Crucis*, al subir de un bancal á otro se encuentran tres escalones de piedra. «Aquí es el sitio donde Jesucristo cayó, con la cruz acuestas,» se nos decía cuando niños.

Y mi imaginación, viniendo en ayuda de mi piedad sencilla, enlazaba y hasta confundía estos sitios con aquellos que

hizo eternamente memorables la muerte de Jesús.

Un poco mas adelante y á la orilla del camino habia entonces, y no sé si ahora existirá, una enorme carrasca de pequeñas hojas puntiagudas que fácilmente se clavaban en las manos. «¿Lo ves? me decia mi madre; con estas ramas punzantes los judíos tejieron la corona de espinas que aquellos infames pusieron en la frente de Jesucristo.»

Y yo alzaba los ojos y miraba con instintivo horror á aquel árbol sombrío que habia contribuido á los dolores y padecimientos del Redentor.

Un poco mas arriba pasa la senda por delante de la puerta de un huertecito cercado de paredes, por encima de las cuales asoman gigantescos olivos y algunas ramas de lilas. Mi imaginacion de niño rodeaba de misterios y encantos este cercado. «Este es el Huerto de Getsemani, me decian, en donde Jesucristo se retiró á hacer oracion.»

Y aquel sitio cobraba á mis ojos, yo no sé qué colores tan tristes, al considerarle empapado en el sudor y la sangre que allí debió derramar Jesucristo en su agonía. Mas arriba de la cumbre de la colina, recuerdo que la senda es llana, está sombreada por altos y fragantes pinos, y festoneada de yerbas olorosas y pálidas florecillas. «Por aquí, pensaba yo, Nuestro Señor debió sentir algun alivio. Acaso en este sitio el Cirineo le ayudaria á llevar mejor la pesada cruz.»

Y cuando llegábamos á la cumbre, y nos arrodillábamos en la misma peña viva, en torno de la alta cruz de piedra, puesta en medio de otras dos no tan ele-

vadas—duodécima estacion, donde, recordando la muerte de Jesús, los fieles rezan tres *Credos*,—yo recuerdo que, de niño, experimentaba un abatimiento inexplicable. ¡Tan bueno que era Nuestro Señor, y los judíos le han matado! pensaba entonces. ¿Qué mal les habia hecho, para matarle de ese modo?

Ved como la ingenua expresion de mi piedad sencilla venia á confundirse con el patético reproche de inspirado Profeta: «¿Qué mal os hizo á vosotros?»

No sólo en compañía de nuestras familias, sino tambien reunidos todos los niños de la escuela, íbamos con el señor maestro á recorrer las estaciones las tardes de los viernes de Cuaresma. Bien recordarás, amigo mio, que era honor no poco codiciado el llevar delante de todos la cruz de madera, tras de la cual iban los cantores; y que era una tentacion de vanidad, poco menos que irresistible, el atravesar la calle Mayor y la plaza sosteniendo con ambas manos el signo de nuestra redencion. Aquellas tardes no eran ciertamente para nosotros tan alegres y bulliciosas, como, por ejemplo, las pasadas en la plaza jugando á rescate; pero ¡qué sabor tan intimamente delicioso tenian para nuestro corazon! La merienda que todos llevábamos en la faltriguera, y que en tales dias solia consistir en una naranja y una rebanada de pan, ¿no es verdad que, comida á la sombra de la ermita de Santa Magdalena, y estando sentados sobre la yerba formando grupos, nos parecia mas dulce y sabrosa que los demás dias? ¿Es que aquella fatiga nuestra, que el buen Jesús debia bende-

cir desde el cielo, hacia mas gustoso nuestro pan?

El Viernes Santo por la mañanita se dirigia entonces, y aún ahora debiera dirigirse todo el pueblo á esta colina á practicar la devocion del *Via Crucis*. El señor cura con estola negra al cuello, de pié junto á la cruz de cada estacion, en frente de toda la muchedumbre de fieles arrodillados, leia en alta y lastimosa voz las patéticas reflexiones y oraciones de cada circunstancia de la Pasion de Jesús. El silencio era entonces imponente; la emocion profunda.

Un coro de voces entonaba de estacion en estacion un cántico impregnado de honda y santa tristeza, al que contestaba en voz baja la devota y recogida multitud. Y el plañidero y prolongado rumor se difundia misteriosamente á lo largo de la torcida senda que eulebrea por la colina, bordeando los bancales orlados de olivos y de almendros en flor. Este espectáculo era y será siempre sublime en médio de su sencillez.

III.

Cuando ya no era un niño, cuando mis piadosos sentimientos se enlazaban á maravilla, y sin quedar perjudicados, con los ensueños de mi adolescencia, pude dichosamente asociarme alguna vez á estas grandes manifestaciones de la fé de mis paisanos. Y aún recuerdo que la noche del día anterior, después de visitar al Señor en el Monumento, fui una vez con mi familia á recorrer las estaciones del Calvario. La luna bañaba en pálido resplandor la bendita montaña. Así yo como un tío y un hermano que me acompañaban, íbamos cubiertos completamente de aquellas negras y rozagantes túnicas negras que allí llaman *vestas*. Entonces mi madre no venia conmigo.

¡Hacia poco tiempo que habia muerto! Una de mis tias llevaba un farolillo encendido, con el cual me hacia luz para leer los devotos ejercicios al llegar á cada estacion: El rumor de nuestras oraciones se confundia con el quejido del viento de la noche, que con sosiego mecía las ramas de los olivos y pinos de las márgenes. Las sombras que los árboles proyectaban en el suelo, parecíanme seres enlutados y abatidos por un dolor misterioso. Aquel silencio profundo, aquella soledad imponente, aquella vaga semi-oscuridad daban alas á los sentimientos de mi alma. Acaso nunca como entonces sentí la grandeza del abandono y dolores de Jesús. Y lo que tal vez podría parecer extraño, y sin embargo no lo es, acaso nunca como entonces me sentí mas profundamente feliz.

¡Santos y dulcísimos recuerdos, que venís á mi alma embalsamados con los frescos y campesinos aromas del Calvario de mi pueblo! ¡Ojalá se exhale siempre de mi corazón aquel perfume de piedad que mi corazón de niño recogía en la contemplacion de los dolores de Jesús!

Tú, amigo mio, que sabrás sentir todo lo que en estas líneas dejo toscamente apuntado; tú que ahora, como cristiano y cariñoso padre, acompañas á tus hijos á la santa colina en donde tantas y santificantes y deliciosas impresiones hemos recibido; tú que tanto puedes y quieres, estoy seguro de que no serás el último en procurar que la colina no pierda nada de su sagrado carácter; de que no caiga ni una sola cruz; de que se conserven y restauren, si es necesario, las ermitas; de que no se arranque un solo ciprés; de que el Calvario, en una palabra, sea lo que debe ser, esto es, imagen de aquella otra memorabilísima montaña cuyo nombre lleva, y en la que murió nuestro divino Redentor.

J. A. Y A.